

ECOS

DE LA

“QUINTA DEL OLVIDO”

ESCRITOS POR

Eduardo Sánchez
Camacho.



BX1779
S2
c.1

VICTORIA, TAMAULIPAS.

1905—1906

48087



BX1779

S2

C.1



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ECOS

DE LA

“QUINTA DEL OLVIDO”

ESCRITOS POR

**Eduardo Sánchez
Camacho.**



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

C. VICTORIA, TAMAULIPAS.

1905—1906



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

48087



1080023165



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Introducción.

Vivo entre cuatro paredes de piedra y cemento mexicano ó mezcla de cal y arena.

Las paredes son elevadas, y, por su material, duras. Chocan con esas paredes sonidos fuertes y molestos.

Estoy separado completamente de la sociedad, política que, por razones que el tiempo dirá, me ha desechado y hasta injuriado por medio de los órganos de su prensa

Estoy separado de la sociedad religiosa, por que yo mismo me separé del romanismo; y sus adeptos aquí, que se dicen mis amigos, me odian y desean mi exterminio.

Las asociaciones religiosas en mi país, que no son romanistas, son más bien filosóficas que religiosas; ó mas bien enseñan su religión respetando la razón, que sujetándola á dogmas; y para ser filósofo no se necesita ser religioso.

La sociedad civil aquí, como sucede casi en todo mi país, está sumisa á la política, y creo, ó mejor dicho, veo y siento que nada tiene que ver conmigo.

Vivo aislado completamente, en consecuencia de lo dicho, y solo los ecos de mis muros me hacen fijarme en algo que suena mal á mis oídos.

012040

Para responder á esos sonidos tengo necesidad de usar el argumento que los estudiantes llaman *ad hominem* ó usar de las armas mismas que contra la verdad esgrimen sus enemigos.

Por esta razón dispensarán los libre pensadores, á quienes sinceramente pertenezco, que use de testimonios bíblicos ó de los llamados Santos Padres.

II

Ni de la sociedad política, ni de la civil quiero ocuparme.

Las sociedades religiosas que no son romanistas, ni tienen que ver conmigo, ni yo tengo que ocuparme de ellas.

La iglesia romana es la que me ha sacrificado, y de la que tengo que hablar, si hablo de ecos ó de religión.

Esa sociedad romanista me metió á su gremio contra mi voluntad, porque dijo, quien fué su instrumento, que yo le sería muy útil.

Ese instrumento de la iglesia romana, que me sacrificó, no fué mi único antiguo y sabio Prelado el Ilmo. y Santo Sor. Don Pedro Loza, sino el Rector del Seminario de Sonora que estaba en Culiacán.

Serví cuarenta años á esa iglesia romana, siempre con aprobación y elogios de mis superiores.

Vine de Obispo á Tamaulipas y aquí se eclipsó mi estrella.

No creía ni creo en la Aparición de la llamada Virgen María en el Tepeyac.

Jamás apoyé ni protegí á ningún clérigo indigno; y cuando fuí Obispo, perseguí á los clérigos hipócritas, á los inmorales é indignos, como al criminal más vulgar, sin creer ni sostener el falso principio de que son los ungidos del Señor, y de que, por eso, nadie puede castigarlos ni tocarlos siquiera.

Juzgo y siempre he creído que un mal clérigo, es el más digno de los mayores castigos corporales, porque su crimen es superior al de los simples fieles ó creyentes,

III

Mis ideas expresadas tocaron las fibras de un émulo mío que tenía influencia en Roma y en el clero mexicano, y trabajó contra mí.

Esas mismas ideas sirvieron á otro alto dignatario eclesiástico, que quiso dominar al clero de México, y á México mismo, para perseguirme y desprestigiarme.

Lo de mi escepticismo guadalupano irritó, indignó en sumo grado al Obispo y Cabildo de Puebla, que me amenazaron con la inquisición romana. Tengo sus comunicaciones que á su tiempo se publicarán.

El Obispo de Puebla era Abogado y juzgó que su cabildo, en que figuraba el actual Arzobispo de aquella Ciudad, que firma la comunicación de su Corporación, era algo ilustrado.

¿Como pudieron esos Señores amenazar á un mexicano con los juicios de la inquisición Romana? Nuestras leyes son claras y terminantes, y un mexicano se ríe de la institucion inquisitorial de Roma.

Pero todo eso me puso en contra á Roma y los suyos, y vino en mil ochocientos noventa y seis un enviado del Papa, llamado Nicolás Averardi, con instrucciones expresas de quitarme mis ideas.

Este hombre fué quien me hizo separar de Roma y los suyos, y á este hombre lo ha pintado con negras tintas el Obispo actual de San Luis Potosí.

Este enviado de Roma, que se llamaba Visitador Apostólico, salió del país, después de algún tiempo, sumamente desairado.

Pasaron algunos años, y el pasado vino otro enviado del Papa, un fraile benedictino llamado Domingo Serafini, que, como buen fraile solo se ocupó de comer, beber, pasearse y recibir ovaciones y régios presentes, hasta que los tapatíos, con un Arzobispo ignorante y pretencioso, le dieron naranjazos.

Esto bastó para que el trailecito se asustara tanto, que casi de incógnito volvió á México y se marchó á